

procuraba hacer igualmente desistir á Palafox por medio de amonestaciones, enviando al efecto al hermano de este, marqués de Lazan, dióse orden al general Lefebvre-Desnouettes para que sin dilacion se pusiera en marcha sobre Zaragoza con cinco mil infantes, ochocientos caballos y algunas piezas de artillería. El manifiesto de los de Bayona no produjo en la ciudad inmortal otro efecto que el desprecio, y el marqués de Lazan por su parte no habia aceptado la comision de Murat sino como pretesto para salir de Madrid y unirse en Zaragoza á los defensores de la independendencia. Los medios de persuasion puestos en juego por el enemigo, visto estaba que eran inútiles: veamos ahora si la fuerza debia ser más afortunada.

El general Lefebvre reunió su division en Pamplona. Los famosos regimientos del Vístula primero y segundo constituian la tercera parte de su infantería; y la caballería consistia casi toda en un regimiento de lanceros polacos: Lefebvre ademas llevaba consigo alguna artillería de batalla. ¿Quién hubiera podido creer, dice lleno de admiracion el escritor francés arriba nombrado, que una ciudad de cincuenta mil almas, y no fortificada, pudiera sostener un asedio?

Los moradores de Tudela recibian noticias cada vez mas alarmantes de la actividad con que el enemigo se preparaba á invadir á Aragon por aquella parte. En este apuro, y hallándose aquella ciudad destituida de medios para disputarle el paso, pidió la merindad á Palafox un gefe y auxilios, demanda á que accedió el general, nombrando por su teniente á su hermano el mariscal de campo marqués de Lazan, el cual salió de Zaragoza á las doce de la noche del 6 de junio con algunas tropas. Habiendo recibido por los barcos cuatro cañones y mil fusiles con una porcion de cartuchos, pensó desde luego el marqués en pasar á Tudela; pero careciendo de datos acerca del terreno ocupado por el enemigo, no sabia qué direccion tomar. Al llegar al Bocal, donde tiene su origen la acequia imperial de Aragon, detuvo á un correo de gabinete que venia de Bayona con el manifiesto á los aragoneses de que arriba hacemos mencion, y poco despues recibió aviso de la aproximacion de los franceses, los cuales se dirigian á Tudela. No habia en esta ciudad sino mil y quinientos fusiles y muy pocas municiones, á pesar de haberseles remitido doble número de aquellos y hasta cuarenta mil cartuchos; pero la ciudad resolvió defenderse. Reforzado el marqués de Lazan con algunos fusileros y 500 hombres que le trajo el patriota subinspector D. José Obispo, entró con ellos y con su mal armado paisanage el dia 8 en Tudela. Los vecinos habian cortado el puente del Ebro para impedir el paso al enemigo, pero este cruzó el rio en barcas, y acometiendo la ciudad, consiguió apoderarse de ella con poquísima resistencia. Los nuestros dispararon algunos cañonazos que fueron contestados por los franceses; pero viendo imposible la resistencia, clavaron la artillería y se retiraron como pudieron. El enemigo fusiló en Tudela á algunas personas, creyendo inspirar un terror saludable en las demas poblaciones con aquel escarmiento; y despues de haber reparado el puente para dejar asegurada su comunicacion con la capital de Navarra, continuó su marcha á Zaragoza.

El marqués de Lazan se habia retirado á Mallen, á donde llegó el dia 11 con cinco mil hombres, de los cuales no podian llamarse tropas sino los miñones ó fusileros, las dos compañías de Obispo y unos cincuenta caballos del regimiento de dragones del rey. Habiéndose municionado allí, despachó uno de sus tercios al camino de Borja á las órdenes de su hermano D. Francisco, que habiéndose escapado de Bayona á imitacion de Palafox, logró igualmente arribar á Zaragoza, donde en union con sus dos hermanos hizo el juramento de vencer ó morir por la patria. Los franceses llegaron delante de Mallen el dia 12 por la tarde, y el marqués se propuso resistirles de nuevo, no obstante lo poco favorable de su posicion en una colina accesible á la caballería y artillería volante. Tiroteáronse las avanzadas de una y otra parte, pero observando

los franceses la mucha estension de nuestra columna, contentáronse con tomar posicion aquella noche, dejando el ataque para el dia siguiente. El 43 al amanecer se replegaron nuestras tropas hácia la villa. Los franceses se pusieron en movimiento, y atacaron con vigor, resistiendo los nuestros en los primeros momentos con la misma energía; ¿pero qué podian hacer careciendo de disciplina y de táctica contra enemigos largamente amaestrados en la guerra? Los lanceros polacos dieron una carga terrible, y la gente del marqués se desbandó por todas partes, dejando en poder del enemigo dos piezas que llevaban montadas en carricureñas. Lazan se esforzó algun tiempo en restablecer el orden; pero desistió de su intento y se retiró como pudo, mientras su hermano D. Francisco que había venido á auxiliarle, se via en precision de hacer otro tanto, cruzando el Ebro en una barquilla.



Dueños de Mallen los franceses avanzaron aquel mismo dia á Gallur, donde todavia hubo aliento en el paisanage para resistirle. Aquella accion tuvo el mismo resultado que las dos anteriores y los franceses entraron en la poblacion, la cual saquearon.

Sabida en Zaragoza la desastrosa jornada de Mallen el mismo dia 43 por la tarde, reinó la confusion en la ciudad por algunos momentos, mas no por eso decayó de ánimo aquella poblacion eminente. Algunos magistrados, títulos y personas de distincion comenzaron á disponer su marcha que verificaron al otro dia, siendo varios los que pedian pasaportes para libertarse del riesgo. La capital de Aragon era una barahunda, proponiendo cada cual las medidas que consideraba oportunas para la defensa, mientras otros, lejos de escarmentar con las derrotas anteriores, decian á voz en grito que lo que convenia en tal trance era salir de nuevo al encuentro del enemigo, en vez de esperarle en la poblacion. Esta determinacion desesperada prevaleció por lo mismo de serlo, y á las diez de la noche comenzáronse á cargar carros de viveres para la proyectada salida, rayando en delirio el entusiasmo, y dirigiéndose todo el mundo al depósito de armas. El general Palafox conocia como es natural, la locura de aquella empresa; y eso no obstante determinó arrostrarla personalmente, reuniendo hasta unos cinco mil paisanos, ochenta dragones, y algunos voluntarios de Aragon, y marchando con ellos y cuatro piezas á la villa de Alagon, distante cuatro leguas de

la capital. Esta temeridad ha sido censurada por muchos, porque, ¿quién se atreve á ponerse al frente de un paisanage sin disciplina, para hacerle medirse nada menos que con un ejército que acababa de batirle, añadiendo tan facil triunfo á los que de un modo harto mas peligroso para él habia presenciado la Europa? ¡Dichosas, dice Foy, las naciones donde en los trastornos politicos se encuentran muchos hombres capaces de temeridades cual esa!

Palafox entró en Alagon al frente de su entusiasmado paisanage entre diez y once de la mañana, y noticioso de la aproximacion del enemigo, situó su gente mas allá de la villa del modo que le pareció mas conveniente. De los cuatro cañones que tenia, colocó uno en el puente del Jalon, cuyo paso se trataba de impedir al enemigo, otro á las inmediaciones del puente, y los dos restantes en las eras. La indisciplina del paisanage produjo bien pronto su efecto. Una gran parte de aquella gente, curándose poco de obedecer las órdenes del general, eligió á su capricho los puntos que en su inesperienza creyó mas á propósito para la defensa. Los franceses venian en tres divisiones, una por el camino de Borja, otra por el de Mallen, y otra por la huerta de Cabañas. Empezado el ataque con nuestros voluntarios, sostuvieron las tropas de la izquierda el fuego del enemigo con bastante serenidad, y hasta el paisanage del centro, resguardado por la inundacion del terreno, conservó algun rato sus puestos con reconocido valor. En esto comenzó á disparar la artilleria francesa y á avanzar la caballeria, y recibiendo los nuestros aviso de que la direccion de las tropas francesas tenia por objeto tomarles la espalda, esparcióse el terror entre el paisanage, comenzando la dispersion cuando ya el enemigo entraba casi por las puertas de la



COMBATE DE ALAGON.

villa. Palafox intentó vanamente contener la muchedumbre, y en vano hizo esfuerzos tambien, con sus soldados de linea y la artilleria, por impedir á los franceses la entrada en la poblacion. Despues de un largo y mortifero fuego, tomó Palafox el único partido que le quedaba, cual era retirarse precipitadamente por la orilla derecha del Ebro, llevando consigo doscientos cincuenta hombres, pues tal era el número á que habia venido á reducirse su gente, merced á la dispersion. El paisanage mientras tanto buscaba afanado las sendas que creia

mas á propósito para salvarse, pereciendo unos á manos del enemigo, otros al rigor de la sed, del calor, del desfallecimiento y la fatiga, y aun algunos ahogándose en el Ebro al intentar vadearlo; pero salvándose la mayor parte, gracias á la poca insistencia de los franceses en perseguirlos. Muchos de los fugitivos se dirigieron á sus casas en el partido de Alcañiz de donde eran naturales: el resto con los zaragozanos que se habian salvado, llegaron al caer de la tarde á la capital. Los franceses entraron en Alagon apenas vieron deshecha la muchedumbre, y habiendo hecho muchos prisioneros en aquella villa, ordenó Lefebvre ponerlos en libertad, fiado en que este rasgo contribuiría á facilitarle la posesion de Zaragoza.

Destruídas de nuevo las esperanzas de la capital con aquella tercera derrota, fácil es inferir la consternacion que reinaria en su recinto la tarde del 14 de junio. Madres, hijas y esposas recorrían las calles de la poblacion lanzando lastimeros alaridos, y preguntando á los fugitivos por los objetos de su ternura, á quienes no debían ver mas. Pocos daban razon de su compañero, y el dolor y el llanto de las viudas y huérfanas desgarraban el alma. Con estas escenas de tribulacion contrastaban otras de satisfaccion y alegría, viendo la madre entrar por las puertas al hijo que creía perdido, ó la esposa al esposo de quien en diez y seis mortales horas no habia tenido noticia. La entrada de Palafox en la ciudad, á la cual arribó felizmente cuando ya era de noche, reanimó los corazones consternados. Mucho habian los zaragozanos perdido aquel dia; pero se habia salvado su caudillo, y la sucesiva llegada de otros dispersos comenzaba á hacerles creer no ser tan funesta la rota como á primera vista parecia. Los ánimos iban sobreponiéndose poco á poco á las primeras impresiones producidas por aquel desastre, y de esto á recobrar la entereza no habia mas que un paso. El enemigo habia vencido á los aragoneses en Tudela, en Mallen y en Alagon: ¿debia inferirse por eso que habia de vencerlos tambien en Zaragoza? La ciencia militar y el conocimiento de lo que era la plaza decían que sí: el patriotismo de los zaragozanos respondía á la ciencia que no.

Aquella ciudad inmortal, en vez de aumentar desde el dia del levantamiento sus medios de defensa, habíalos minorado notablemente con los tres descalabros padecidos; su tren de artillería consistía, como hemos visto, en diez y seis piezas; las obras de fortificacion formábanlas tan solo sus tapias; las municiones andaban escasísimas; la tropa era poco menos que nula. Aquí podríamos decir á imitacion del inglés Enrique Allen:

*No hay apenas soldados que hagan frente,
Ni muro que de barro al fin no sea,
Ni fosos que contengan el torrente
De la fiera invasion en la pelea:
Pero hay virtud y pundonor ardiente;
Hay por los templos do el incienso humea
Teson, y saña noble y furibunda
Por defender la patria moribunda (1).*

El general Lefebvre pasó en Alagon la noche del 14, prometiéndose al dia siguiente un triunfo tan fácil como completo sobre los treinta mil idiotas, que segun sus propias espresiones, abrigaba la capital. Deseoso sin embargo de evitar la efusion de sangre, envió á Palafox en la misma tarde de su derrota proposiciones para que se rindiese, señalando por medianeros de las condiciones que al efecto debían entablarse á tres españoles de distincion que

acompañaban al ejército francés, los cuales firmaban el pliego que fué remitido al caudillo de Aragon con uno de los que habian caido prisioneros en el combate de aquel dia. Palafox no hizo caso de la intimacion en lo que tocaba á su persona; pero desconfiando del éxito si se resolvía á esperar al enemigo en el recinto de la capital, salió de esta á las nueve de la mañana del 15, dejando resignado el mando de la ciudad en manos del teniente rey Bustamante. El marqués de Lazan, acompañado del subinspector Obispo, salió igualmente de la poblacion á las tres de la tarde. Los regidores entretanto celebraban ayuntamiento, y mientras discurrían sobre el estado crítico de la ciudad, entró el teniente rey en el salon, aumentando el conflicto con la noticia de la próxima llegada de las tropas francesas, y con la mas desconsoladora todavía de no considerarse en disposicion de hacerles frente, hallándose como se hallaba destituido de tropas y de todo medio de defensa. Los regidores determinaron proceder á otra reunion, donde se resolviese definitivamente el partido que en tan desesperadas circunstancias se debia adoptar. Señalóse para aquella sesion la hora de las dos de la tarde, asistiendo á ella varios magistrados y sugetos distinguidos en medio de la consternacion consiguiente á la aproximacion del enemigo, dueño de toda la llanura, y avanzando sus columnas sin oposicion. Iba ya á comenzarse el debate, cuando una porcion de paisanos se presentan súbitamente en el sitio de la discusion, y encarando sus trabucos á los regidores, les hacen salir de allí, diciéndoles que aquella no era ocasion de hablar sino de obrar, y que iban á ocupar los balcones para desde ellos hacer fuego al enemigo. Con semejante insinuacion, inútil era que los concejales y magistrados se empeñasen en deliberar. Retiráronse, pues, á sus casas, y en ellas esperaron el fin de aquella escena.

Seguros los patriotas de que no pasaria el dia 15 sin tener el enemigo á las puertas de la ciudad, habian ocupado con anticipacion el puente de la Muela, la altura de S. Gregorio, la colina llamada Monte Torrero, y los puntos de San Lamberto y Casa Blanca. Era su intencion disputarles el paso, ó retardarlo cuando menos, dando asi lugar á que los moradores tomaran las disposiciones que el instinto les sugiriése para resistir la embestida del modo que les fuera posible. Los franceses triunfaron sin dificultad de la indisciplina de nuestras avanzadas, y los aragoneses fueron derrotados por la cuarta vez á corta distancia de la capital. Parecia con esto imposible cupiese aliento en aquellos hombres para resistir todavía; pero ¿quién es capaz de calcular lo que puede el amor á la patria, y el odio á la opresion y á las cadenas?

Falta la ciudad de la direccion que podia darle su amado caudillo; destituida, como hemos visto, de tropas propiamente tales, y no teniendo apenas otros recursos que los que improvisaba el instinto, dirigióse el paisanage á las puertas, cruzando en ellas tablones y maderos, y arrastrando á brazo la poca artillería de que en trance tan apurado podian disponer. Tres cañones que habia en el Mercado, donde para nada eran útiles, fueron conducidos á la puerta del Carmen como punto céntrico de la embestida, siendo preciso para llevarlos allí que algunos religiosos, eclesiásticos y regidores convenciesen á los paisanos de la oportunidad de aquella medida. Los defensores de dicha puerta, situada al mediodía de la ciudad, estaban destinados á cubrirse de gloria. Años antes se habia proyectado colocar en ella el leon que figura en el escudo de armas de Zaragoza; y para ponerla debajo de él, se habia escrito la bellissima inscripcion latina INTUS EGO: *dentro estoy yo*. Dentro estaba en efecto el leon, el valor indomable que iba á cubrir de rubor unas huestes para



quienes tan fácil empresa debía ser apoderarse de un punto donde apenas había resistencia. Harto mas fuerte la línea de los defensores á la parte del occidente, tenían á su extremo el castillo, cuyos fuegos se podían cruzar con los del cuartel de caballería, rechazando á los invasores si pretendían penetrar en la ciudad por la puerta del Portillo; pero el extremo de la parte opuesta era débil, pudiendo el enemigo introducirse con facilidad por la puerta de Santa Engracia, y no bastando los paisanos armados á cubrir á la vez todos los puntos donde era de temer el acceso. Eran estos casi toda la línea, pues exceptuando la estremidad de que hemos hablado, donde el castillo, el cuartel y la casa de Misericordia podían servir de otros tantos obstáculos, ni la torre del Pino al otro extremo, ni las frágiles tapias que circuían la ciudad desde la Misericordia á Santa Engracia, lo eran en realidad. Dos conventos estramuros de la poblacion, estaban respectivamente situados en frente de las puertas del Portillo y del Carmen, y otro fuera también, entre la una y la otra. Ocupándolos los defensores, hubieran podido incomodar á los franceses con su fuego de fusilería; pero fué tal el aturdimiento del valor, ó tal la imprevision del momento, que apenas se acordaron de tal cosa. Dividido el paisanage en pelotones dirijióse cada cual á sus puntos. La calle de la puerta del Carmen rebosaba de gente. Los que por su edad ó su sexo no podían tomar parte en la lucha, preparábanse á llevar municiones y viveres, á conducir heridos, á cualquiera otro menester en el cual pudieran ser útiles. Los conventos y edificios de la ciudad inmediatos al sitio del ataque estaban coronados de gente armada, ó de ancianos, mugeres y niños, achacosos, eclesiásticos, frailes y otros espectadores, ansiosos de presenciar la acometida de los franceses y el heroismo de la resistencia.

La campana de la torre nueva sonaba á rebato. Era poco mas del mediodía. El combate empezaba á aquella hora, y debia durar hasta la noche.

Los franceses avanzaron en tres columnas, dirigiéndose la de la izquierda hácia la puerta del Portillo, resguardándose de los fuegos del castillo con el convento que estaba al frente, mientras la del centro avanzaba á la puerta del Carmen, y la de la derecha pasaba á situarse en un olivar inmediato al puente del Huerva, amenazando caer sobre la puerta de Santa Engracia. Rechazado el enemigo del primer punto, dirigese á atacar el cuartel de caballería inmediato á la puerta, consiguiendo introducirse en sus cuadras algunos franceses resguardados de las tapias; pero pagando su temeridad con la vida. La decidida resistencia del paisanage obliga al grueso de la columna á desistir de su tentativa; y mientras los nuestros hacen alarde de resolucion en esperarla, queda ella á lo lejos inmóvil, sin osar acercarse. La columna del centro mientras tanto se sitúa á trescientos pasos de la puerta del Carmen. El fuego de sus guerrillas es contestado por los paisanos, divididos en dos hileras delante de las tapias, á uno y otro lado de la puerta. Vista por los franceses la serenidad de los zaragozanos, aspira á imponerlos avanzando, y haciendo disparar su artillería; mas la puerta contesta con la suya servida por los mismos paisanos á falta de artilleros, y el enemigo se ve precisado á retroceder dejando varios cadáveres, algunos de ellos casi al pié de nuestros cañones. La columna de la derecha por su parte consigue obligar á los habitantes á retirar un cañon que tenian en el puente, y otro que habian colocado en el paseo, tras lo cual destaca algunos caballos con el fin de explorar; pero el fuego que se les hace desde Santa Engracia los contiene un momento á pesar suyo. Corre en esto la voz entre los defensores de que la puerta de Santa Engracia se halla sin gente, y aprovechando Lefebvre aquellos momentos de confusion, consigue que algunos de los suyos ocupen la puerta, clavando en ella un cañon y facilitando la entrada en la ciudad á una porcion de caballería, la cual se dirige á galope á apoderarse del cuartel inmediato á la puerta del Portillo. Al llegar á la plaza de este nombre, vense los ginetes acometidos por algunos voluntarios y miñones, y cercados por una multitud de hombres, mugeres y niños. Embestidos por todas partes, conocen los franceses lo critico de su situacion en medio de aquel pueblo furibundo, y su arrojo se cambia en terror. Derribados los mas de sus caballos á pedradas y á tiros, son despedazados junto á la iglesia. Los pocos que consiguen sobrevivir huyen de aquel sitio terrible donde á nadie se dá cuartel; y heridos, magullados, contusos, consiguen restituirse al campo enemigo, diciendo al general con su derrota la imposibilidad de alcanzar un triunfo que tan fácil y sencillo creía.

Lefebvre no escarmienta por eso. Dada otra vez á la primera columna la orden de atacar el cuartel, comienza de nuevo la lucha de una manera desesperada, y en medio del horrible fuego de la artillería y fusilería. Los cadáveres que los franceses ven caer á sus pies no les impiden avanzar con extraordinario denuedo. El cuartel es entrado otra vez, y otra vez se trava el combate en cuadras, corredores y escaleras, y hasta en la misma puerta que sale á la plaza de toros, dentro del recinto de la capital. Los defensores acrecientan su ardimiento á medida que aumenta el peligro. La lucha es con frecuencia personal, y unos y otros combaten hombre á hombre; pero los imperiales no pueden, no es posible que puedan vencer, y ceden otra vez al paisanage, replegándose en derrota á su campo. En el centro es igual el arrojo con que el enemigo se empeña en acometer; pero el valor de los zaragozanos se escede tambien á sí mismo, y los héroes de la puerta del Carmen hacen ver á sus adversarios que obstinarse en tomar aquel punto, es morir nuevamente en la demanda por el solo placer de morir. Mas afortunados en la derecha, amenazan los imperiales desde el paseo de Santa Engracia apoderarse de la puerta de este nombre, aunque á costa del sacrificio de varios

de los suyos que han mordido espirantes el polvo. Faltos los paisanos de artilleros, comienzan por allí á desmayar, y aun algunos arrojan sus fusiles; pero llegando en aquel momento unos cuantos soldados de aquella arma, y apareciendo repentinamente un refuerzo de ciento y cincuenta compañeros acaudillados por el coronel Renovales, renace la esperanza otra vez. Este gefe coloca su gente en la esquina de la torre del Pino, y despues de sostener con audacia el fuego de los invasores durante dos horas, se retira á la puerta de Santa Engracia temiendo ser cortado por la caballeria enemiga. Avanzada una parte de esta, y habiendo adelantado un cañon, se arrojan los caballos franceses sobre los pelotones del paisanage que comienza otra vez á titubear; pero la puerta dispara su artilleria con tanto acierto, que arredrado el enemigo á la vista de sus heridos y cadáveres, no piensa ya en otra cosa si no en replegarse con el orden posible. Sobreviniendo entonces Renovales, los carga y los acosa con tal impetu, que consigue arrojarlos de una quinta que se hallaba inmediata. Los valientes de la puerta del Carmen salen de este punto á su vez, y persiguiendo al enemigo todos juntos hasta el convento estramuros mas cercano, vuelven ufanos á la plaza con cuatro banderolas y otros tantos cañones, digno trofeo que el francés ha rendido al valor en aquella arrojada salida.

Viendo estaba Lefebvre aquella resistencia inaudita, y creia soñar al mirarla. ¿Cómo esperar semejante arrojado de un paisanage inesperto, en una poblacion de cuya defensa no podia encargarse á primera vista sino la estupidez ó el frenesi? Prometerse entrar y no hacerlo, no era mengua para sufrirla con paciencia quien habia vencido, en su concepto, obstáculos mayores que aquel. Si los zaragozanos habian resistido el sucesivo empuje de aquellos aguerridos soldados, su valor no probaba por eso que habian de ser igualmente felices acometidos simultáneamente en todos sus puntos. Reforzadas las tres columnas con tropas de refresco, dá el general enemigo la orden de avanzar las tres á un tiempo. Las huestes obedecen y embisten, y segun el denuedo con que lo hacen, la victoria del imperio es segura. Triplicado el peligro y el apuro, ¿qué han de hacer ahora los defensores sino triplicarse tambien? Zaragoza se siente mayor á medida que aumenta el riesgo, y con tal disposicion en los ánimos, no es posible que caiga vencida. El cuartel de caballeria es allanado otra vez, y es la tercera: los defensores lo salvan otra, y es la tercera tambien. Rechazado allí el enemigo, no ha conseguido otro fruto que aumentar su carniceria, y perder dos cañones mas que con el fin de acallar nuestros fuegos habia avanzado. Una multitud de cadáveres esparcidos en la parte del centro, publican á la vez nuestra victoria en la puerta del Carmen. En Santa Engracia sucede otro tanto: los infantes y ginetes franceses huyen tropezando en sus muertos, y abandonan tambien dos cañones. El terror y el espanto se apoderan de los enemigos, y en vez de embestir no hacen poco si resisten las cargas del pueblo. El sol mientras tanto se halla ya terminando su carrera, y ocultándose en el horizonte empiezan á anunciarse las sombras. Los franceses bendicen la noche que viene á ocultar su ignominia, y despidiendo algunos mistos y granadas sobre el cuartel, por haber sido este sin duda el teatro mas sangriento de su no esperada derrota, abandonan las tapias de la ciudad, oyendo desde lejos las voces con que esclaman los héroes: ¡VICTORIA!